

CARLOS CUADRA PASOS, Ex-Canciller Conservador. Mira a Moncada

El General José María Moncada fue un personaje que exteriorizó en actos de su vida pública una psicología complicada, tentadora para escribir su biografía. Su carácter complejo, rebasando la copa de las existencias normales, se derramó sobre diferentes cauces de las actividades nacionales que también se exhiben complicadas por muchedumbre de contingencia. El General Moncada, con sus cualidades, algunas de ellas eminentes, y con sus defectos, algunos de ellos graves, fue un verdadero nicaragüense. En su espíritu y en su carne libró y sufrió las luchas interiores y exteriores del alma nicaragüense.

Le traté de cerca por los años de este siglo. De cerca, marchando con él por el mismo camino; de cerca, yendo los dos por sendas encontradas. Algunas veces tratando con intención de cooperar en igual obra; otras tratando en franca contradicción. En uno y otro caso despertó en mi inteligencia gran curiosidad hacia los trabajos de su agigantada mente.

Quiero trazar aquí un capítulo breve y somero de esas averiguaciones mías sobre este espíritu inquieto. En la persona del General Moncada pelearon las letras y las armas por posesionarse de su ánimo y decidir la dirección de su vida; tal cual han peleado esas mismas actividades humanas en la historia de Nicaragua, también por saber cuál de las dos ha de marcar el destino de su pueblo. El General Moncada nació, a juzgar por las actitudes que Dios le diera, para seguir la carrera de las letras. Para ejercer influencia en la sociedad por obra y gracia del pensamiento, escrito o hablado, después de prepararse por el estudio. Pero el General Moncada desoyó su vocación y siguió la carrera de las armas, que ejerce sus influencias en nuestra sociedad por la vía de los hechos.

En su juventud creyó que en el periodismo y en el libro residían los instrumentos de sus justas ambiciones. Fue periodista y editó más de una obra. Pero un día guardó la pluma y tomó la espada. Escuchó quizás la viril palabra del caballero Don Quijote de la Mancha, pronunciada con la arrogancia de que tanto gustaba Moncada:

"Quítenseme de delante los que dijeron que las letras hacen ventaja a las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen".

El General José María Moncada fue brioso caudillo en nuestras revoluciones. Capitán experto y valeroso que supo abrirse camino por la espada, para sus aspiraciones y para las aspiraciones de sus soldados. Pero se le notaba desde lejos, que

sufría por la inconformidad de su alma en esas cruentas faenas. Escuchaba el llamado de las letras, en donde estaba el signo invariable de su primera vocación. Las armas y las letras, Muy pocas veces se desenvuelven esas dos actividades en una sola personalidad. Las armas reclaman audacia, ligereza física y mental, prontitud y aún arrebató.

Las letras sólo brotan bellamente concertadas y expresivas de la reflexión, del estudio, de la meditación serena sobre las cosas, sobre los hombres y sobre los sucesos. Pero serían en realidad las letras vocación de individuo tan inquieto. No estaría en las armas la plaza natural de los movimientos de sus inquietudes.

En los días revolucionarios de 1910 se relataba en las tertulias de Bluefields esta anécdota: "El General Luis Mena, militar por los cuatro costados, le decía entre bromas y veras al periodista José María Moncada, intelectual de la guerra, a quien profesaba admiración: "Si quieres ser Presidente, hazte General. Eres valiente, tienes talento; pero si no llegas a General te quedarás a la mitad del camino.

El intelectual escuchó el consejo del soldado, y llegó a General. Aún más, obtuvo por fin el último ascenso a que aspiran los militares centroamericanos, y se sentó en la Presidencia de la República. Sin embargo en todo ese recorrido, de soldado, de General y de Presidente, no perdió el humor intelectual; se le salía la punta de la pluma por el borde del bolsillo derecho, y la volvía a coger a la primera tentación. Otras veces soltaba una frase de contenido literario y aguda intención satírica, dando al traste con la seriedad de su posición.

Como he dicho las letras y las armas han estado en discordia de figuración oficial en Nicaragua. Las armas no han consentido a las letras sino como subordinadas, que sirven a la hora de la necesidad de comunicarse por palabra con la Nación. Las letras han sido al cabo pobres sirvientas de las armas, algunas veces insurrectas, las más sumisas. Sólo el General José María Moncada logró manejar las dos. Una en cada mano. Es fama que escribía con la izquierda, y la razón puede ser porque con la derecha disparaba.

El estudio psicológico estaría en averiguar cuál de las dos fue en realidad la vocación íntima del personaje. Cuando gozaba más su inteligencia; cuándo lograba expresar acertadamente un pensamiento profundo, o cuando obtenía sonada victoria sobre el campo de batalla? Cuando ordenaba frases expresivas, o cuando ordenaba ejércitos? A mí me parece que el escape natural de su espíritu tendía a las letras. Si alcanzaba la expresión de una frase feliz, se le veía el rostro

iluminado por una satisfacción, que no tuvo ni aún el día en que alcanzó el ápice de su carrera militar, la Presidencia de la República.

Pero aquí salta la reflexión. Si el General hubiera seguido su prístina vocación de las letras. Si se hubiera dedicado al estudio constante, para la mayor ilustración de su claro talento; si se hubiera detenido a filosofar sobre la humanidad, siquiera sobre las cosas, y los sucesos de la Patria; cabe preguntar, hubiera llegado en su carrera, por tales filosofías y primores, a donde llegó por las armas?

Este es el problema que plantea este capítulo de la psicología del General Moncada, personaje complicado, eminente e interesante de la Historia de Nicaragua. Fue indudablemente un hombre ilustre. Lo fue principalmente por las armas; pero pudo haberlo sido por las letras. Prefirió por romántico la carrera más arriesgada? La prefirió como positivista al comprender que se adaptaba mejor al ambiente en que tenía que luchar? El General José María Moncada fue un triunfador. A mí sin embargo, me parecía entrever cuando conversaba con él sobre estas cosas, que algo de la verdadera satisfacción le faltaba en el gozo de su triunfo. Tal vez su meta estaba en otra parte, que tuvo que dejar atrás en la fragorosa carrera de su ascenso.. ..

Pero en fin, es un hecho innegable de la Historia que el hombre llegó a la altura por su propio y arrogante esfuerzo.

CARLOS CUADRA PASOS.